

26 de junio de 2005

Entrevista / Michel Contat / Valoran al intelectual comprometido: Destaca al pensador total

Centenario de Jean-Paul Sartre Auxilio Alcantar

PARÍS.- En el centenario del natalicio de Jean-Paul Sartre, los pensadores Alain Finkielkraut y Michel Contat analizan la vigencia del legado cultural del filósofo francés, y critican que hoy la discusión se centre en sus compromisos políticos y no se valoren otros aspectos de su vasta obra, como la dramaturgia.

A 100 años del nacimiento de Jean-Paul Sartre, ¿cuál es la herencia que deja?

Sartre fue un intelectual que ejerció en su época una enorme influencia. Tendemos a olvidarlo, pero esa influencia no sólo la ejerció en Francia, sino en muchos países, particularmente los llamados emergentes, donde se le consideraba como una suerte de "profeta" de la liberación. Ese aspecto de su obra subsiste porque las críticas que él hace al imperialismo siguen vigentes. También está la obra filosófica, la literaria y la del ensayista.

Cada vez que había un gran debate, un conflicto en el mundo, Sartre daba su opinión y siempre de manera impactante.

Esa presencia del "intelectual total", como lo llamaba Pierre Bourdieu, desapareció con su muerte, pero su obra queda. Lo que resulta extraño hoy, en este centenario, es ver cómo después de tanto tiempo y siendo Sartre un pilar enorme de la cultura, siga suscitando hostilidad en los mismos medios que antaño lo criticaron.

Mucho de razón tiene aquella vieja frase: ¡Una gran inteligencia ofende! Me parece que su obra es todavía ofensiva para mucha gente.

Conoció a Sartre en 1965, ¿cómo fue y qué significó para usted ese primer encuentro?

Encontrar a Sartre, a quien conocía y admiraba como escritor, fue una experiencia fantástica, cinco minutos después de haber entrado a su casa se me olvidó que estaba frente al prestigioso escritor. Era un hombre muy sencillo, cálido y estimulante para nuestros proyectos juveniles. ¡Uno salía de su casa casi con alas!

Mi generación rondaba los 20 años, era la época de la guerra en Argelia, y Sartre, uno de los defensores más acérrimos de ese pueblo. Esa guerra fue muy violenta y el movimiento de descolonización el más grande de la época, imagínese lo que significaba conocerlo, sabiendo que era nuestra primera

lucha contra una guerra.

De cualquier manera, le contaré por qué fui a verlo. Yo había escrito algo sobre su obra de teatro Los secuestrados de Altona, la pieza me parecía difícil de comprender, y mi texto era una suerte de explicación, cosa que le dije. Hablamos durante un buen rato sobre la obra y, al salir, ya estando en el ascensor, le pregunté: "Johana, el personaje de su obra, dice que sólo los locos dicen la verdad, y que la verdad es el horror de vivir, ¿lo piensa usted así?".

Me respondió: "Usted también lo piensa, sólo que no lo piensa todo el tiempo. Lo piensa en ciertos momentos de la noche, en general en los peores; luego por la mañana hay tareas que deben cumplirse, las cumple y todo va bien".

En ese momento descubrí que esa frase tan literaria suya, que aparece en su obra Las moscas, la vida humana comienza del otro lado de la desesperanza, él la vivía realmente y compartía conmigo su convicción.

Cuando usted se instaló en París se convirtió rápidamente en un apasionado y especialista de Sartre, hoy le llaman el guardián de la obra de Sartre, ¿qué piensa de ese calificativo?

La idea de guardián no me gusta porque me hace pensar en el guardián de una tumba o de una cárcel. ¡Yo no guardo nada! Lo que sí es real, es que consagré mucho de mi tiempo y trabajo a despejar las vías de acceso a su obra. Es una obra difícil, que muchas veces se analizó mal, suscitó oposición por malos argumentos y surgieron así prejuicios enormes contra Sartre.

Quise mostrar que su obra obedece a un proyecto, el de la libertad, bajo sus diversas modalidades. Su obra es como una inmensa montaña y hay que ayudar a la gente a penetrar por las vías que más le convengan.

Por eso me dirigí a todo tipo de público, hice obras especializadas y menos especializadas, correalicé la película Sartre por sí mismo, una suerte de seguimiento, filmado, de su autobiografía Las palabras. Publiqué varios libros sobre él y dirigí la edición de su obra dramática en la Editorial Pléiade. Pero no soy el único en trabajar sobre Sartre, hay muchos otros que lo hacen, y me alegra.

Volvamos sobre la película que dirigió junto con Alexandre Astruc, en 1976, ¿cómo nació ese proyecto?

Es una larga historia. En 1970, Sartre fue a la fábrica de automóviles Renault, se subió a un tambo y desde ahí se dirigió a los obreros. Esa foto dio la vuelta al mundo, pero con una frasecita por debajo: "Filósofo en decadencia busca publicidad". ¡Para nada era eso!

Nadie sabe lo que Sartre dijo a los obreros ese día, pero las críticas fueron encarnizadas. Al leer aquello fui a verlo y le comenté: "Los medios lo ridiculizan y están tergiversando sus acciones, ¿por qué no les hace caer en su propia trampa? Hagamos una película que explique cómo un hijo de la cultura burguesa logra oponerse a esa cultura y unirse al combate de la clase obrera.

A Sartre le pareció buena idea y me pidió que escribiera el guión.

Desafortunadamente, tardé mucho en hacerlo, surgieron nuevos proyectos, Astruc le propuso realizar también un filme y, finalmente, Sartre nos sugirió que trabajáramos juntos. Empezamos a rodar en 1972, filmamos 10 horas de entrevista con él, con Simone de Beauvoir, amigos cercanos y familia. El

objetivo era que a partir del recorrido autobiográfico pudiéramos intercalar entrevistas con otros artistas y escenificar ciertos temas de su obra.

Empero, el proyecto no funcionó por varias razones: la radicalización política de Sartre asustaba a los promotores, y él tampoco quería que la película se difundiera en la televisión estatal, la única que había en ese momento, y, además, tampoco teníamos dinero.

El proyecto quedó en aire y lo retomamos en 1975. La película se difundió en 1976, gracias a la liberalización de la televisión francesa. El éxito fue grande, el filme pasó en Cannes y en muchas partes de mundo. La película habla de su vida, su obra y su itinerario intelectual.

Usted dirigió la edición de la obra dramática completa de Sartre en Gallimard. Sartre y el teatro es todo un tema, ¿no?

Pienso que si Sartre hubiese podido elegir entre hacer cine o escribir teatro, hubiese preferido el cine. Su infancia estuvo marcada por el cine y por la complicidad de su madre en ese arte. Tenía una manera muy visual de escribir secuencias y diálogos, pero no tuvo la audacia de Godard o Truffaut. De cualquier manera muchas de sus piezas reflejan métodos cinematográficos. Su primera obra se llama Bariona, la escribió en el campo de prisioneros de Trèves, donde fue encarcelado en 1940 por su participación en la resistencia. Tenía 35 años y pasó nueve meses en ese campo. Un buen día los sacerdotes del lugar le pidieron que escribiera una pieza con motivo de la Navidad y así lo hizo. La obra habla del misterio de la natividad, pero también exhorta a la resistencia a través de la esperanza. De regreso a París, escribe Las moscas, una obra que insta a los franceses a rechazar la moral del arrepentimiento y la culpabilidad. La propaganda de Vichy se basaba en ello, asegurando que si el pueblo era desgraciado se debía a su voto a favor del Frente Popular, de André Gide y Marcel Proust. Sartre exhorta a liberarse de la ocupación alemana. La pieza se realiza en un decorado impresionante, máscaras, estatuas, muchedumbre, danza y música. Pero luego, el director Charles Dullin y el escritor pagan las consecuencias.

En 1944, escribió Huis Clos. Tres personajes se hallan encerrados en un cuarto, por la eternidad. Cada uno se vuelve el verdugo del otro, hasta que llega la famosa frase de "el infierno son los otros". Con esta obra, Sartre se consagra como dramaturgo y tras la Liberación se vuelve uno de los autores más cotizados. Enormemente respetado, pero también polémico, con él las pasiones se desbordan debido a que en casi todas sus obras hay contenido político.

Sartre es un hombre comprometido políticamente, ¿le sirve el teatro para difundir sus ideas?

Sí, pero no era su principal objetivo. Lo que quería era poner en escena situaciones extremas como la vida o la muerte, y que esas escenas tuvieran sentido político. En Muertos sin sepultura, vemos el combate de los resistentes franceses en 1944. En La puta respetuosa, una prostituta debe decidir entre dar un falso testimonio para salvar a un blanco o, bien, decir la verdad para salvar a un negro. La chica se debate, enfrenta una gran presión moral. En esta pieza, lo que Sartre quiere compartir con el público es la necesidad de hacer elecciones moralmente convencidos.

Mucho se dijo que su teatro era filosófico, intelectual, etcétera. Yo diría

simplemente que es un teatro inteligente, las ideas cuentan, pero se puede morir por la ideas. Su teatro interpela nuestros sentimientos y nos exhorta a la reflexión. El ideal del teatro de Sartre, llamado teatro dramático, es que nos lleva a identificarnos con los personajes, pero hasta cierto punto, y luego nos exige tomar distancia para juzgar los actos del héroe en relación a nuestros propios valores.

Se dice que Las moscas es para el teatro lo que La náusea es a la novela, ¿lo cree así?

No. La náusea es una obra maestra, pero mucho más experimental que Las moscas. Las moscas retoma el mito griego de los átridas, del destino. Orestes debe realizar su destino que es el de matar a su madre y su padrastro. Sin embargo, el verdadero tema de Sartre es ¿cómo puede un resistente matar a un oficial alemán, sabiendo que varios rehenes serán ejecutados como represalia? ¿Cómo puede en plena conciencia cumplir con su acto?, ¿debe cumplirlo y luego asumirlo? En el fondo, es un problema moral de cara a la violencia liberadora.

La náusea, en contrapartida, narra una experiencia mucho más radical, lo que Sartre llama la contingencia. ¿Cómo justificar nuestra propia existencia cuando la sentimos como excedente? Su personaje, Antoine Roquentin es un hombre solitario de una ciudad de provincia que se llama Bouville. Un personaje con una necesidad, casi vital, de probarse a sí mismo como excedente de la humanidad; y, de pronto, a través de él toda la especie humana está también de más. Se trata de una experiencia filosófica y psicológica, un episodio depresivo en la vida de alguien; la depresión vista como variante de la condición humana, analizar cómo se entra y cómo se sale de ella. Para Roquentin, la opción es escribir una novela, novela que no conoceremos jamás, suponemos que la escribió.

En concreto, la ficción que nos ofrece Sartre es la de un hombre solitario que escribe su diario íntimo, diario en el que intenta dar cuenta de esa experiencia de contingencia, pero de la manera más verídica, despojada completamente de mentiras. Bajo el término de contingencia, Sartre sueña con la unicidad de la existencia.

¿Cuál es la obra de Sartre que más le gusta?

Hay varias, pero quizá la que más me estremece es La náusea. Cuando la releo descubro, una y otra vez, ese sentido tan verdadero de la existencia, pero también una ironía devastadora de cara a la gente que se cree con derechos.

¿Por qué la Editorial Gallimard no quiso publicar La náusea cuando le fue presentada por primera vez?

Es difícil decirlo. Creo que al encargado de leer esa obra no le gustó o no era sensible al tema. Hubo una relectura y tampoco pasó. Sin embargo, como Sartre había invertido tanto de sí en ella, pidió al propietario de la casa que interviniera. Hubo una lectura adicional y finalmente fue aceptada. Hoy creo que lo que chocó en ese momento fue la novedad de la obra y probablemente ese lado nauseabundo, estremecedor, ese sentimiento de nudo en la garganta que se tiene cuando uno la lee.

En esta entrevista hemos visto a Sartre como dramaturgo, con sus grandes pasajes de éxito y, sin embargo, es hoy el gran ausente del teatro contemporáneo. ¿Por qué casi no se le ve en escena? No lo sé. En París, por ejemplo, no ha habido ninguna puesta en escena interesante desde el 2001. Creo que el teatro de Sartre necesita ser redescubierto y puesto en escena con mayor libertad, con un poco de locura. Sueño con una puesta en escena de Los secuestrados de Altona, que tome en serio lo que Sartre dijo un día sobre su personaje principal, Franz. Franz, recordemos, es un oficial que en el frente del Este, para salvar a sus propios hombres, torturó a sus partidarios prisioneros. Pero no se perdona ese acto, que sólo puede ser justificado por el hecho de que Alemania perdió la guerra, es decir, sus adversarios ejercieron una violencia mayor que la suya. Franz se persuade de que Alemania quedó destruida y que los aliados decidieron el fin del pueblo alemán. Franz es un personaje, grandioso, sombrío, que dirige un alegato a la posteridad, un alegato para su propio siglo, que lo exime. ¡Lo que dijo Sartre fue que Franz era un personaje grotesco!, entonces, yo, que nunca lo imaginé así, me digo hoy que es verdad y que podríamos hacer de ese texto una gran pieza barroca, con personajes exageradamente maquillados, con decorados espectaculares.

¿Releer a Sartre en 2005 es una forma de volver a abordar los temas que propone en su obra: responsabilidad, libertad, herencia del bien y el mal? Sí. Su teatro es un teatro moral. Y en una época tan difícil y agitada como la nuestra no viene mal cuestionarnos sobre lo justo e injusto, el bien y el mal, el rol de la violencia en la historia y sobre todo la responsabilidad. En el teatro de Sartre, la pareja libertad-responsabilidad es indisociable. El maneja la idea de que estamos condenados a ser libres, no podemos escapar a la libertad, hay una obligación de liberarse para que la libertad exista. El mejor ejemplo es el de la revolución cubana, Sartre adhería a esa causa en sus inicios porque era una revolución antiimperialista, se trataba de liberar a un pequeño pueblo del yugo de la mafia, de una dictadura completamente entregada a los intereses estadounidenses. A sus ojos, era una revolución democrática, pero también se daba cuenta que, de cara a la hostilidad exterior y a las dificultades internas, podría volcarse hacia una dictadura. Sartre fue en 1960 a la isla, se entrevistó con el Che Guevara y apoyó a Fidel Castro, hizo un reportaje llamado Huracán bajo el azúcar, pero en 1971 rompió completamente con el régimen cubano. Sartre decía que el deber de un intelectual es el de apoyar una revolución, en nombre de sus propios principios, y cuando los traiciona, hay que romper, lo que hizo.

El guardián de Sartre

Michel Contat es escritor, periodista, crítico literario del diario Le Monde y director emérito de investigaciones en el Instituto de Textos y Manuscritos Modernos del CNRS. Amigo íntimo de Sartre, Contat es uno de los autores que más ha escrito sobre él. Entre sus libros figuran Sartre, la invención de la libertad (Textuel, 2005), Escritos de Sartre (Gallimard, 1970), El autor y el manuscrito (PUF, 1991) y Por qué y cómo Sartre escribió: Las palabras.

Génesis de una autobiografía (PUF, 1996). Fue correalizador con Alexandre Astruc del filme Sartre por sí mismo, en 1976.